

LA ESPERANZA DE NUESTROS PUEBLOS. Encuentro con Jesucristo: compromiso con la humanidad *

Hope for our peoples. Encounter with Jesus Christ: commitment to humanity

MARCELO ZEBALLOS V. **

Seminario Mayor Santo Cura de Ars. La Serena, Chile.

Recibido Septiembre 30, 2008

Resumen

Comprender en nuestro mundo el mensaje de Jesucristo es una tarea que nos incluye a todos. A través del encuentro vivo y testimoniante con Cristo el discípulo descubre la verdadera novedad de la Palabra del Maestro. Jesucristo es la esperanza que logra dar sentido a nuestros pueblos. El reciente Documento de Aparecida nos impulsa de modo renovado la invitación de anunciar a Jesucristo a todos los ámbitos de la sociedad por medio de la misión. Sin embargo, es necesario un tiempo de preparación e interiorización en nuestra Iglesia, ya que no solamente basta con anunciar la buena nueva de Cristo, sino testimoniario en el diario vivir por medio del conocimiento y vivencia de la experiencia a ejemplo del discípulo que se sienta a la escucha del Maestro.

Palabras Claves: Jesucristo, Esperanza, Discipulado, Compromiso.

Abstract

Understand in our world the message of Jesus Christ is a task that involves us all. Through the encounter with Christ Testimonies alive and the disciple discovers the true novelty of the Word of the Master. Jesus Christ is the hope that succeeds in giving meaning to our people. The recent paper Aparecida us so renewed the invitation to announce Christ to all areas of society through the mission. However, it is necessary preparation time and internalization in our church, because not only enough to announce the good news of Christ, but testify in everyday life through knowledge and experience of the experience of such a disciple who sits listening to the Master.

Keywords: JesusChrist, Hope, Discipleship, Commitment.

* Ponencia dictada el Viernes 26 de Septiembre de 2008 durante el IX Congreso de Estudiantes del Área Teológica realizado en el Instituto Profesional Catequístico de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

**Correspondencia. Seminario Mayor Santo Cura de Ars, La Serena-Chile. Email: zeballos.marcelo@gmail.com

Introducción

Una de las virtudes que dejan más profunda huella en el ánimo humano y que de modo más manifiesto aún influyen sobre la vida y el obrar de los hombres, es la virtud cristiana teologal de la esperanza. Ciertamente, el hombre no puede vivir sin esperanza. La esperanza es la llamada del Creador, principio y fin de nuestra vida, el cual ninguna criatura humana puede escapar; es la voz del Redentor que desea ardientemente la salvación de todos los hombres. Nadie puede, sin perder la paz del alma, negarse a escucharla; la esperanza es la profunda nostalgia de Dios en el corazón del hombre, que Él mismo dejó en nosotros –como don maravilloso-- tras haber llevado a cabo, para cada uno de nosotros, aquellas inefables "obras de sus manos" que, en el lenguaje de los teólogos, llamamos Creación, Elevación y Redención.

No cabe duda que el regalo más grande que nos ha hecho Dios es hacerse carne, acampar entre nosotros. Con su Encarnación, también se hizo carne la Esperanza entre nosotros. Por ello, es muy importante vivir "esperanzados", pero sin perder de vista la referencia última: Dios. Él es quien primero nos espera, es Él el primer esperanzado. Él espera, espera siempre, tiene puesta su esperanza en la mujer y en el hombre de hoy, mucho más y mejor que nosotros mismos. La Esperanza viene a nuestro encuentro. Este es el mejor modo de vivir como personas esperanzadas: acogiendo la Esperanza que se nos regala en el encuentro vivo con Jesucristo. Viviendo con Él brota la esperanza para nuestros pueblos, y desde allí, nos impulsa hacia el compromiso para con la humanidad. Sólo así, la esperanza se hace vida en la vida de nuestros pueblos.

Signos actuales de desesperanza

La realización de la V Conferencia del CELAM en Aparecida ha sido ocasión para reflexionar sobre nuestra esperanza como Iglesia latinoamericana. Ha sido un verdadero tiempo de gracia para todos los fieles, ya que nos ayuda a vivir nuestra fe con alegría y coherencia, a tomar conciencia de ser discípulos misioneros de Cristo, enviados por Él al mundo para anunciar y dar testimonio de nuestra esperanza al mundo entero (Celam, 2008).

En esta oportunidad, la Iglesia de América Latina ha debido auscultar nuevamente los "signos de los tiempos". Los estudios de las ciencias sociales aportan conclusiones importantes a ello, pero solo una atención espiritual, una mirada desde la fe, puede reconocer la acción del Espíritu en los acontecimientos de la época, sea porque en ellos el reino o crece como la semilla de mostaza o es reprimido por las tendencias negativas de un mundo cada vez más acelerado, y a veces, desesperanzado.

Los diagnósticos coinciden: el catolicismo no es el mismo de hace diez años atrás. Lo detectaba el Documento de Participación preparatorio de la Conferencia y varios otros documentos que reaccionaron a este. Lo subraya con fuerza la Síntesis que reúne el parecer de todas la Iglesia latinoamericana. SS. Benedicto XVI indica que es ésta la "nueva situación" que la Conferencia debe encarar: "un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia Católica" (Benedicto XVI, 2008a).

El cristianismo está experimentando cambios. Existen en nuestros pueblos signos elocuentes de desesperanza. Pero no todos leemos este hecho con los mismos ojos. La constatación de esta especie de “fatiga” y “desesperanza”, en principio amenazante para la cultura del continente y el futuro de la Iglesia Católica en el mundo, merece ser discernido. Si efectivamente Dios actúa en la historia, y Dios es trascendente a toda época y variantes, los cambios pueden abrir nuevas posibilidades, no debería condicionarnos a un modo *a priori* ante estos signos de los tiempos.

Este fenómeno se inscribe en uno mayor, este es la globalización. La interacción recíproca entre los más diversos modos de ser persona. Toda esta impresionante velocidad de medios nunca imaginados sorprende, espanta y remueve los cimientos de la identidad colectiva y personal hasta lo más profundo (Celam, 2008). La pobreza y la injusticia social del mundo, en especial en América Latina, son barajadas con nuevos registros. La religiosidad experimenta mutaciones importantes. La Iglesia Católica evangeliza pero no es suficiente: se percibe un desinterés por los sacramentos (caen el bautismo y el matrimonio; el sacramento de la reconciliación tiende a ser escaso; no hay Sacerdotes suficientes para celebrar la Santa Eucaristía); secularismo, hedonismo, indiferentismo, proselitismo, de los que habla el Papa, erosionan el sustrato católico de la cultura; pérdida de autoridad de algunos pastores a causa de un clericalismo, o por lo contrario, un secularismo que no soporta las enseñanzas que son percibidas como irracionales o anticuadas; éxodo de fieles a iglesias pentecostales, absorción de nuevas ideas religiosas y filosóficas (Celam, 2008).

Ante este desalentador acontecer nos surgen algunas primeras interrogantes: ¿Qué esperanza podemos ofrecer a nuestros pueblos? ¿Qué implicancia tiene Jesucristo para la humanidad de hoy? No hay duda que esperamos encontrar en la comunión con Él la vida, la verdadera vida digna de los hombres y mujeres de nuestros pueblos, y por esto, queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en Él. Pero, ¿Es esto así? ¿Estamos realmente convencidos de que Cristo es la esperanza para nuestros pueblos?

La Iglesia atisba una gran oportunidad. Mejor dicho, un auténtico llamado del Señor a emprender con ahínco una tarea que, no siendo nueva, en los tiempos actuales cobra una importancia mayor. Esta es, la de volver a “encontrar” la esperanza en Cristo, de reconocerlo a Él como el fundamento clave de la vida de nuestros pueblos. Sin una profunda experiencia viva de Jesucristo el debilitamiento de la fe y la esperanza continuará su curso hasta perder todo vigor testimonial (Benedicto XVI, 2007b).

SS. Benedicto XVI, quien ha dedicado toda una encíclica sobre la esperanza cristiana, al inaugurar la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe nos decía: “*Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de realidad y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas*” (Benedicto XVI, 2008). Esta primera afirmación es fundamental, ya que sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo esperanzador, es decir, realmente humano. Una prueba de esto último es el evidente fracaso de todos aquellos sistemas de orden humano que ponen a Dios entre paréntesis (Ratzinger, 1996).

Ante esto, nuestros Obispos latinoamericanos nos presentan como documento de Síntesis de la V Conferencia la “*alternativa crucial*” de nuestra Iglesia: o nuestra tradición católica y nuestras opciones personales por el Señor se arraigan más profundamente en el corazón de las personas y de los pueblos latinoamericanos como acontecimiento fundante, como encuentro vivificante y transformador con Cristo, y se manifiesta como novedad de vida en todas las dimensiones de la existencia personal y la convivencia social, o corre el riesgo de seguir dilapidándose, empobreciéndose y diluyéndose en vastos sectores de la población, lo que sería una pérdida dramática para el bien de nuestros pueblos y para toda la catolicidad” (Celam, 2008).

Años atrás Karl Rahner, teólogo importante del Concilio Vaticano II, había afirmado: “el cristiano del siglo XXI será místico o no será cristiano”. Lo que ha validado para el catolicismo ilustrado occidental, de igual modo, vale también para nuestros pueblos latinoamericanos.

Jesucristo, esperanza para nuestros pueblos

Jesucristo es la realidad fundante, no es sólo un Dios pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. Cuando el discípulo llega a la comprensión de este amor de Cristo “hasta el extremo”, no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: “Te seguiré adondequiera que vayas” (Lc 9, 57). Nuestra adhesión a Cristo supone el ingreso a una gran familia, la familia universal de Dios en la Iglesia. La fe y la esperanza en Él nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: “el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás” (Benedicto XVI, 2007c). En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica, es parte de nuestra esperanza: “Se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (2 Co 8, 9), es aquel Dios que es la verdadera esperanza de vida en nuestros hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Sin embargo, el ritmo del mundo de hoy nos obliga a hacernos esta irrenunciable pregunta: ¿Cómo reconocer realmente a Cristo como esperanza y vida para mí y mis hermanos? Aparecida nos ofrece una renovada y revitalizada esperanza en Cristo, nuestro único Maestro y Salvador, que nos ha revelado la experiencia única del amor infinito de Dios Padre a los hombres. Ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida sencilla y en su doctrina por medio del conocimiento profundo de la Palabra de Dios. De esta fuente incondicional podrán surgir nuevos caminos de apostolados y proyectos pastorales creativos y actuales, que infundan una firme esperanza para vivir de manera alegre y testimoniante la fe, e irradiarla así en todo el quehacer de nuestra vida y en la vida de nuestro continente.

En nuestros países, la Iglesia inspira en los latinoamericanos la esperanza que tanto nos identifica: nuestros mejores deseos, actitudes y actos. Con la predicación de Jesucristo y su reino la Iglesia puebla el itinerario de su autocomprensión como anunciadora de la Buena Nueva de la esperanza en el amor eterno de Dios, que se

traduce en una honda convicción de la realidad del perdón y en una indicación certera acerca del valor absoluto de toda persona humana: su compromiso radical con la humanidad.

Es difícil pensar que más de dos mil años de presencia de la Iglesia en nuestro mundo puedan borrarse de un día para otro, cediendo el espacio a otra u otras tradiciones culturales seculares o pseudo-religiosas. Su oferta de sentido y esperanza liberadora para nuestros pueblos es enorme. Y, sin embargo, los católicos no podemos cruzarnos de brazos confiados en la inercia del devenir. En el encuentro con Jesucristo, surge la dinámica del compromiso implícito y explícito por nuestros pueblos, por la humanidad. En Su Palabra descubrimos la fuerza del Kerigma actual y válido para nuestros hermanos y hermanas de camino.

Por tanto, la atención a los "signos de los tiempos" en la que se haya nuestra Iglesia actual, constituye una oportunidad muy favorable para confirmar ante Jesucristo nuestra adhesión a Su vida y Su Evangelio, de este modo, nos sentiremos todos convocados a la tarea de la evangelización y la promoción humana en nuestra tierra, mediante el encuentro vivo y veraz con Aquel que nos da la "vida y plenitud a todos los hombres" (Jn 10, 10).

Con Cristo, comprometidos con la humanidad

Los cristianos debemos ser "*portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras*" (Celam, 2008, nº 29). Ante una vida a veces golpeada por la desesperanza, Jesús nos revela la vida íntima de Dios en su misterio más elevado, la comunión trinitaria. Es tal el amor de Dios, que hace del hombre, peregrino en este mundo, su morada: "Vendremos a él y viviremos en él" (Jn 14, 23). Ante los signos de desesperanza en el mundo, a veces alejados de Dios, y que sólo ve en la muerte el término definitivo de la existencia, Jesucristo nos ofrece la alegre esperanza de la resurrección y la vida eterna, en la que Dios será todo en todos (1 Cor 15, 28). Y ante la idolatría y la esclavitud de los bienes terrenales, Jesús nos presenta la paradoja de la "*vida en Dios*" como valor supremo: "¿De qué le sirve a uno ganar el mundo, si pierde su vida?" (Mc 8,36).

En definitiva, sólo nos cabe una última pregunta: ¿Qué compromiso nos urge nuestro encuentro con Jesucristo? Nuestra Iglesia debe contribuir de manera notable su acción desde la esperanza para el bien de nuestros pueblos. Como fieles seguidores de Jesús y su Evangelio, debemos responder concretamente al compromiso que nos apremia el desafío de la pobreza y de la miseria, de la injusticia y la desigualdad, de la exclusión y la falta de oportunidades que tanto abruma la instauración del reino de Dios entre nosotros. Jesucristo es la gran novedad conocida para el mundo que nos toca vivir.

Las problemáticas de nuestro mundo y de América Latina son variados y complejos, y no se pueden afrontar mediante meras políticas, algunas eficaces, otras no, de gobierno, o también grandes esfuerzos organizados. Sin embargo, la cuestión fundamental sobre el modo en cómo la Iglesia, iluminada y sostenida por la fe en Cristo, responde ante el sufrimiento humano nos concierne a todos, pues nosotros, discípulos misioneros de Jesucristo, nos toca responder, desde nuestra realidad, al compromiso de promover la "*cultura de la vida*" en nuestros pueblos.

En este contexto, es inevitable hablar del problema de las estructuras injustas y hasta a veces inhumanas, sobre todo de las que crean violencia y sufrimiento. En realidad, las estructuras justas son una *conditio sine qua non* para el bien del orden social. No cabe duda decir que de nuestro compromiso personal y profesional depende el verdadero avance hacia una sociedad ideal. Más aún, por tratarse de un continente de en su mayoría católica, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario. Es necesario escuchar nuevamente voces e iniciativas de jóvenes líderes católicos, de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones religiosas y éticas. No cabe duda, que los movimientos eclesiales vigentes tienen una gran oportunidad para recordar a la Iglesia y los laicos alejados su responsabilidad y su misión de llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política de nuestros pueblos.

América Latina es conocido también en el mundo como el continente de la alegría, de la esperanza, la mayoría nuestra población está formada por jóvenes. A esto, debemos recordar que nuestra primera vocación consiste en ser amigos incondicionales de Cristo, ser sus discípulos misioneros, centinelas del mañana, como nos lo decía el recordado Papa Juan Pablo II. Los jóvenes no tenemos miedo al sacrificio, tenemos la fuerza de nuestros años, tememos más bien a una vida carente de sentido. Son oíbles las llamadas de Cristo a muchos jóvenes, son muchas las invitaciones a seguirlo, de la misma manera, son muchas las oportunidades que dan vida al compromiso por el bien de nuestros pueblos. Sin embargo, así como el mundo hace oídos sordos al llamado de Jesús a la verdadera vida, también son muchos los jóvenes que hoy no detienen su camino ante el llamado del Maestro a ser esa “sal que da sentido a la vida y esa luz que logra encaminarlas hacia Él”.

Finalmente, todos quienes conformamos la Iglesia tenemos la gran tarea de custodiar, alimentar y acompañar la fe y esperanza del pueblo de Dios, de hacernos recordar también a nosotros los jóvenes de nuestro continente que, en virtud del bautismo recibido, estamos llamados a ser *discípulos y misioneros* de Jesucristo (Benedicto XVI, 2007d). Esto, conlleva salir a Su encuentro, a vivir en verdadera unión con Él e imitar su ejemplo en el testimonio actual con nuestros hermanos. Todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: “*Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará*” (Mc 16, 15). Precisamente porque ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida en el encuentro con Él supone estar profundamente enraizados en Su amor, vivir convencidos de la esperanza que de Él viene. Sólo desde allí brota todo nuestro real y verdadero compromiso por nuestros pueblos y la humanidad.

Informaciones sobre el autor

Marcelo Zeballos V. alumno de las Carreras de Teología y Arquitectura durante tres años en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente Seminarista de 5º año de formación en la Arquidiócesis de La Serena y alumno de la Carrera de Teología en la Universidad Católica del Norte- Sede Coquimbo, Chile.

Referencias

- Benedicto XVI. (2008a). *Discurso inaugural V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de Caribe. En Documento Conclusivo V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (3ª ed.)*. Bogotá, DC: CELAM.
- Benedicto, XVI. (2007, Mayo 23b). Audiencia General. *L'Osservatore Romano, Mayo 2007*
- Benedicto XVI. (2007c). Homilía Santa Misa In Cena Domini. *L'Osservatore Romano, s/f*
- Benedicto XVI. (2007d). Audiencia General, Viaje Apostólico a Brasil. *L'Osservatore Romano, Mayo 2007*
- CELAM. (2008) *Documento Conclusivo V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (3ª ed.)*. Bogotá, DC: CELAM.
- Ratzinger, J. (1996). Situación actual de la fe y la teología. *L'Osservatore Romano, Noviembre 1996*